

LOS VERANOS DE MI INFANCIA

CAPITULO 3

El fresco de las noches de verano



Cada día, al ponerse al sol, algunas vecinas que no tenían placa de carbón en la cocina, como nosotros, -maravilloso invento para el invierno y un poco menos estupendo en verano-, salían a la calle con sus hornillas de hoja de lata, encendían el carbón de encina que colocaban dentro y, una vez exentas de humo, las metían en casa para poder freír esos huevos y esas patatas que muchas noches constituían el menú de la cena.

Mientras tanto, ya puesto el sol, raro el día que los críos jugábamos a echar carreras hasta el matadero o dar la vuelta a la manzana por la calle de la Sierra, y cuando no, a hacer circo o teatro robando a nuestras madres un delantal o una toalla vieja, para vestirnos como los artistas. Yo hago de espadachín -decía uno-, yo de pistolero -decía otro-, lo único que nos faltaba eran, las cámaras y Pedro Almodóvar de director.

Yo me moría de ganas por jugar con las chicas, pero no había forma, los chicos con los chicos y las chicas con las chicas -repetían sin apiadarse mí-. Además, si alguna vez conseguía que las niñas me aceptaran en sus juegos, mis amigos me decían “mariquita”, acusación que nunca entendí y, aun a día de hoy, sigo sin entender y yo sigo prefiriendo jugar con las chicas.

Pero lo mejor llegaba a eso de las 10 de la noche, anochecía un poco antes que ahora (no se había inventado aun lo del cambio horario).

Como un ritual litúrgico, después de la cena, los vecinos íbamos, lentamente, saliendo a la calle con nuestra silla de anea o nuestra hamaca de lona y anexionándonos a un corrillo que se formaba en la puerta del señor Mecho, -mi vecino de enfrente-, y, poco a poco, íbamos agrandando el círculo.

Las tertulias surgían solas, y, sin necesidad de moderador, discurrían las conversaciones entre chistes, chascarrillos y sucesos, a veces macabros que había publicado el semanario “El Caso”, entre los que hubo un suceso muy comentado y que fue el de Jarabo, caso que nos interesaba porque este tipejo, había matado a cuatro personas, una de ellas Paulina, hermana de Víctor uno de nuestros vecinos de la calle Valdemoro y muy amigo de mis padres. La tal Paulina era la muchacha que estaba de sirvienta en la casa donde este despreciable sujeto cometió sus crímenes.

El señor el señor Demetrio, al que familiarmente llamábamos “Mecho”, - hombre moreno de tez bien curtida de bigote muy poblado-, miraba la pared blanca de la fachada trasera de los hornos Pleite que teníamos enfrente y utópicamente comentaba, *“anda que no nos vendría bien si tuviéramos una máquina de cine”*, la pantalla ya la tenemos, -refiriéndose a la pared-, solo nos falta el proyector y la película.

Mi padre, desde la posición privilegiada de su hamaca, nos explicaba las constelaciones, *“mira la Osa Mayor”*, -decía con el dedo apuntando al cielo- *“y aquél es Marte y aquella otra formación es la Osa Menor y fijaros bien, porque en ella se aloja la Estrella Polar”*, nos decía como orientarnos con ella, observábamos algunos puntos luminosos móviles y nos explicaba que eran satélites artificiales y nos retaba a levantarnos temprano para ver el lucero del alba (Venus). En fin, toda una forma práctica de aprender sin esforzarse a la par que divertida. También nos hablaba de las Cabañuelas y del Calendario Zaragozano y decía que del tiempo que hiciera los primeros 12 días de Agosto, dependía el tiempo de los 12 meses del año siguiente y que en abril tenía que llover al menos 14 días.

Muchas noches, el señor Mecho y el Señor Agapito, ambos buenos cazadores, nos relataban, -seguramente con un puntito de exageración- sus proezas matando liebres, perdices, codornices y demás fauna comestible, y de cómo burlaban a la guardia civil cuando llevaban caza furtiva. Nos detallaban con pelos, señales e interpretación incluida, como habiendo cazado 6 perdices con la veda cerrada, divisaron a la guardia civil y las tiraron entre las hierbas para, al llegar a su altura, haberse ya deshecho del cuerpo del delito.

Contaban que los guardias, tras el saludo reglamentario, les pedían las licencias de armas y de caza, todo para terminar compartiendo almuerzo con los picoletos y liándose con ellos un cigarro de aquel tabaco que llamaban “Caldo de Gallina”.

Decían que los civiles eran más furtivos que ellos, que a veces les requisaban la caza por ilegal, pero que, en realidad, el fin que perseguían era que el producto requisado terminara en los fogones de su casa.

Contaban las mismas historias verano tras verano, a veces, en vez de 6 perdices eran 12 y en lugar de 2 guardias civiles eran 4, cosas de cazadores.

A mí me gustaba ir a veces a su casa para ver como recargaban los cartuchos, eran otros tiempos y había que abaratar costes, compraban todo por separado, los perdigones (de mayor o menor calibre según fueran para codornices, perdices o liebres), la pólvora, la estopa, los fulminantes. Rellenaban todo en las vainas de cartón ya usadas que reciclaban y, con una pequeña prensa, cerraban el cartucho volviendo así a producir munición a menor coste para sus días de caza.

En aquellas tertulias, se contaban chistes para todos los públicos e historias imaginarias. La señora Patro, mujer siempre vestida de negro con su mandilón y su pañuelo en la cabeza, también negros, nos refería con detalle como era su pueblo natal, Cabezuela del Valle, el frescor del agua de sus gargantas y el dulzor de las cerezas y de la fruta del Valle del Jerte.

Mi madre contaba por enésima vez, como, de soltera y estando con su madrastra cosiendo en la puerta de su casa, vieron llegar a dos gitanas con un rollo tela para sábanas, y de cómo se interesaron por el género, y como entre las dos gitanas, usando la cinta de aquellas amarillas de metro y medio que tenía mi madre en el cesto de la costura, midieron un trozo suficiente para confeccionar un juego de sábanas. Contaba como una vez adquirida y pagada la mercancía y ya perdidas de vista las gitanas, a ambas les parecía escasa la tela para hacer el dichoso juego de sábanas, así que se metieron en la casa, doblaron por la mitad el trozo y, efectivamente aquello no cubría la cama ni de de lejos. Minutos después advertirían que las gitanas, antes de empezar la medición, habían cortado más de una cuarta la cinta de medir de mi madre.

La señora Petra -esposa de Mecho- nos hacía reír contando la anécdota ocurrida años antes el día de Noche Buena. Resulta que Mecho, además de su trabajo en Construcciones Aeronáuticas, los domingos se dedicaba a la venta ambulante de confección y algo de perfumería y solía ir con su moto Guzzi a la que, como podía, enganchaba un carrito de dos ruedas en el que colocaba toda su mercancía. Todos los domingos del año se convertía en buhonero y marchaba a abastecer de telas y prendas de vestir, sobre todo mudas y pequeña confección, a los pequeños barrios que entonces eran Perales del Rio y la Marañososa, donde, por cierto, tenían algo de familia.

Pues bien, llegado el día 24 de diciembre, se dispusieron a ir a cenar a Perales con su familia. La señora Petra había estado cocinando toda la tarde. Preparada ya la gallina en pepitoria y los turrónes, el señor Mecho, como si de una rulot se tratara, enganchó el carrito y montó en él una silla de las de la casa, que ató convenientemente con cuerdas y alambres a la débil estructura del improvisado

remolque. A la grupa de la moto su hija mayor, en el carrito, sentada en la silla, la señora Petra con su hijo Domingo en su regazo y, la cena, en cazuelas bien sujetas repartidas por toda la superficie el carrito. (El carrito, que tantas veces le vi preparar con el género para la venta, era de aproximadamente 1 metro cuadrado, perimetrado por una barandilla de tubo de aproximadamente 50 cm de altura y con una lanza de aproximadamente un metro de larga que, en su extremo, tenía una cruceta que servía como asidero donde se enganchaba con la moto, imagináros la escena).

Comenzada la “excursión” -contaba la señora Petra-, llegaron bien hasta el Cerro de los Ángeles, allí se acabó la carretera pavimentada, -que entonces era de adoquines-, y comenzó el camino hasta Perales, previsiblemente en no muy buen estado debido a las fechas.

No habían transcurrido más de 200 metros por el angosto camino, cuando el carrito se desenganchó, pero el señor Mecho, seguramente abrigado con un buen gorro que le taparía las orejas, no se percató hasta que llegó al destino y, ni su hija ni él, notaron la pérdida. Si refería el señor Mecho entre risas, cuando lo contaban, que lo que sí había notado era que la moto iba con más alegría.

Casi una hora, -decía la señora Petra- estuvimos mi hijo y yo sentadas en el carrito varado, hasta que por fin apareció la luz de la moto a lo lejos en su rescate. Bromeaba el señor Mecho de nuevo diciendo: bueno, bueno, volví porque en el carro estaba la cena que si no..., y la señora Petra y todos nos reíamos.

Eso daba pie a mi madre para contarnos aquella cena de navidad de recién acabada la guerra. Resulta que mi abuela había conseguido, no sé donde, media docena de huevos, cosa casi imposible en la posguerra del estraperlo y las escaseces. Decidieron hacer, como cena de Nochebuena, unas patatas guisadas a lo pobre (o sea sin carne) y escalfar los seis huevos para que aquello tuviera un poco más de consistencia.

Pues bien resultó que uno de los huevos estaba malo, y, al probar el guiso comprobaron que el sabor a podrido del dichoso huevo había contaminado toda la olla, lo que les arruinó la cena que sustituyeron... por... pues por nada, yéndose todos a la cama con el estómago relleno por el trozo de pan de la ración de cada uno que tampoco era muy abundante precisamente.

Otras veces mi madre nos contaba con pelos y señales su aventura como cirujana de pollos, o se quejaba amargamente de su adolescencia. Se quejaba sobre todo, de haberse quedado huérfana de madre a los 16 años y haber tenido que bregar con su padre y sus cuatro hermanos varones haciéndose cargo de la casa, de sus ropas y de sus comidas. Nos contaba como su padre la había escalabrado un día lanzándole una cuchara a la cabeza por estar la comida sosa o salada o por alguna contestación a las exigencias de mi abuelo. Una frase muy usada por mi madre cuando nos reñía era *“a mí me escalabró mi padre con una cuchara y yo te voy a escalabrar a ti con un cucharón”*.

Se contaban mil historias, reales o inventadas o mezcla de ambas.

A los chiquillos todo aquello nos parecía fantástico, lo pasábamos tan bien, que el momento de irse a la cama suponía casi una rabieta para nosotros que queríamos alargar interminablemente aquello. Pero, inevitablemente, al día siguiente los mayores tenían que ir a trabajar, así que, sí o sí, la velada concluía, cada uno cogía su silla y todos a la cama, y los chiquillos decíamos aquello de *“por allí una vaca, por allí un carnero, cada uno a su agujero”*.

No éramos los únicos que formábamos corrillo, había corrillos por toda la calle cada 20 ó 30 metros, de vez en cuando venía algún tráfuga de otro corrillo al oír nuestras risas y se unía a nosotros, lo que también ocurría, al contrario.

La velada terminaba quisiéramos los críos o no, pero un poco antes de retirarnos, siempre, siempre venía el señor Paulino de otro corrillo que se formaba un poco más abajo. Se acercaba a nosotros con su hamaca, ya recogida del brazo, para desearnos las buenas noches y decirnos siempre lo mismo, que él se iba ya porque se debía levantar más temprano, ya que tenía no se qué función que hacer en “La Uralita” que era donde trabajaba y entraba antes que los demás.

Así se repitió varios veranos, hasta que un buen día mi padre compró una televisión VerAmVa (Vergara-Amor-Valtierra). Era un cajón de madera de aproximadamente 80 centímetros de arista, con una pantalla, lo recuerdo bien, de 14 pulgadas que parecía una pelota luminosa en el centro del cajón. Pues bien, llegado el buen tiempo desde el mismo sitio que ocupaba en el salón de mi casa, la daba la vuelta 180 grados para que se viera desde la calle, eso sí, tras la reja de la ventana. Entonces el corrillo cambió ligeramente su ubicación y, en vez de formar un círculo, formábamos un arco alrededor de la tele.

Desde ese preciso instante la diversión cambió, nos creíamos más felices, veíamos “Gran Parada”, con sus presentadores Franz Johan, Gustavo Re y a Herta Frankel con su perrita Marilín, veíamos “Bonanza”, “El Virginiano”, “Rin Tin Tin”, “Annie Oakle” y “Reina por un Día”, etc. Aquello era maravilloso, salían malabaristas, prestidigitadores, faquires, cantantes y humoristas, ¡qué bonito!

Pero, oh decepción, pronto me di cuenta de que los vecinos ya no hablaban, Mecho y Agapito ya no contaban sus anécdotas de caza, ya no se comentaban los sucesos de “El Caso” y los crímenes del tal Jarabo, y la señora Patro ya no nos licuaba la boca describiendo las cerezas de Cabezuela del Valle. Mi madre dejó de contar el timo que le hicieron las gitanas con la pieza de tela de las sábanas y nunca más nos deleitó con el episodio de la castración de los pollos. Tampoco se contaban chistes para todos los públicos, ni el señor Mecho volvió a plantear la utópica posibilidad de tener una máquina de cine para proyectar películas sobre la blanca pared trasera de la panificadora de los Pleite, ni la señora Petra nos volvió a contar nunca más las vicisitudes de su maravilloso tour de aquella inolvidable Noche Buena.

Ni siquiera los críos hablábamos, permanecíamos frente a aquel mágico cajón con la boca abierta totalmente absortos y embobados. Es más, si alguien hablaba se le mandaba callar con un chissssss.

Y la cosa fue a peor, al poco tiempo cada vecino fue adquiriendo su propia “Caja Tonta” y su propio ventilador, o sea, el kit completo para no tener que salir a la calle a tomar el fresco y, en dos o tres años, se perdió totalmente la sana costumbre de tomar el fresco y charlar con los vecinos.

Y así fue como la magia de la televisión acabó con la magia de tomar el fresco en la calle y de paso con las tertulias de las noches de verano, uno de los mejores hábitos que yo recuerdo de mi infancia. Aquél hábito que nos permitía conocernos más y mejor, que, además de entretenernos nos permitía aprender de experiencias ajenas y oír relatos que no oíamos en la radio, ni venían en los libros de texto ni salían en la maravillosa televisión y, sobre todo porque aquella costumbre nos permitía oír aquellas historias de primera mano.

Hoy día ya, no solo no hablamos con los vecinos, sino que, en muchos casos ni siquiera los conocemos. Por eso, no nos quedó más remedio que identificarnos con aquella canción de Joan Manuel Serrat cuyo título es “*A quien corresponda*” que decía “...*que las manzanas no huelen, que nadie conoce al vecino, que a los viejos se les aparta después de habernos servido bien...*” y que recomiendo encarecidamente a todos que escuchéis de vez en cuando, sobre todo, para no perder el norte de nuestras particulares historias.

Ángel Pingarrón